

Retos del hombre y la mujer frente al año 2000

Guillermo Malavassi**

I

Ha expresado el Santo Padre Juan Pablo II en su catequesis:

"Como había sucedido en el origen del género humano y de la historia de la salvación, en el proyecto de Dios el ideal escatológico no debía revelarse en una persona, sino en una pareja. Por eso, en la gloria celestial, al lado de Cristo resucitado hay una mujer nueva, María: el nuevo Adán y la nueva Eva, primicias de la resurrección general de los cuerpos de toda la humanidad. // Ciertamente, la condición escatológica de Cristo y la de María no se han de poner en el mismo nivel. María, nueva Eva, recibió de Cristo, nuevo Adán, la plenitud de gracia y de gloria celestial, habiendo sido resucitada mediante el Espíritu Santo por el poder soberano del Hijo".

Quiere decir ello, entonces, que la voluntad de Dios ha sido que el ideal escatológico se revelara en una pareja. Eso es claro y es importante para guiarnos en la vida. De ese modo hemos de comprender el hermoso texto bíblico de la creación del hombre, que

* Exposición en el **I Congreso de Laicos de Costa Rica**, 29 a 31 de agosto de 1997.

** Catedrático por cuarenta y un años de Historia del Pensamiento, ex Ministro de Educación de Costa Rica, (1966-1969), ex Diputado (1982-1986), cofundador de la Universidad Autónoma de Centro América (1975-76), Rector de ella desde su fundación en 1976; autor de varios libros y muchos artículos; comentarista del programa radial "Panorama" desde 1982. Comendador de la Orden Civil "Alfonso El Sabio"; Grand'Ufficiale Dell'Ordine al Mérito della Repubblica Italiana; Oficial en la Orden de las Palmas Académicas de la République Française; "Galardón Democracia y Libertad" de la Cámara de Comercio de Costa Rica (1990); Doctor Honoris Causa de la Universidad Autónoma de Centro América con la mención de **Magnus Docendi Libertatis Defensor**. Miembro cofundador de la Unión de Rectores de esta nación (UNIRÉ), <http://www.uaca.ac.cr./u/gmalavassi/>

es la creación del varón y de la mujer: "Dijo Dios: 'Hagamos el hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza...' Y creó Dios el hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: 'Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla...' Vio Dios todo cuanto había hecho, y he aquí que estaba muy bien".

Así fue todo al principio, así expresó Dios su voluntad, así unida la pareja humana, así juntos varones y mujeres, fueron invitados a ser colaboradores con Dios en sus santos designios.

Quizá parezca reiterativo algo de lo que diré con lo que aquí ya ha sido muy bien dicho. Pero estimo que hay reiteraciones que son importantes, tratándose de asunto tan principal.

El hombre, es decir, el varón y la mujer, ocupa un lugar único en la creación: "está hecho a imagen de Dios". En su propia naturaleza une el mundo espiritual y el mundo material; es creado "hombre y mujer"; Dios lo estableció en la amistad con él. (CC 355)

De todas las criaturas visibles sólo el hombre (varón y mujer) es 'capaz de conocer y amar a su Creador'; es la 'única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma'; sólo él está llamado a participar, por el conocimiento y el amor, en la vida de Dios. Para este fin ha sido creado y ésta es la razón fundamental de su dignidad. Por ello pudo escribir S. Catalina de Siena: *¿Qué cosa, o quién, fue el motivo de que establecieras al hombre en semejante dignidad? Ciertamente, nada que no fuera el amor inextinguible con el que contemplaste a tu criatura en ti mismo y te dejaste cautivar de amor por ella. Por amor lo creaste, por amor le diste un ser capaz de gustar tu Bien eterno*(CC 356)

Por haber sido hecho a imagen de Dios, el ser humano (varón y mujer) tiene la dignidad de **persona**: no es solamente algo, sino *alguien*. Es capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otras personas; es llamado, por la gracia (que es la participación de la vida divina), a una alianza con su Creador, a ofrecerle una respuesta de fe y de amor que ningún otro ser puede dar en su lugar (CC 357).

Dios creó todo para el hombre, pero el hombre fue creado para servir y amar a Dios y para ofrecerle toda la creación. Así pudo comentar, entonces, S. Juan Crisóstomo:

“¿Cuál es, pues, el ser que va a venir a la existencia rodeado de semejante consideración? Es el hombre (varón y mujer), grande y admirable figura viviente, más precioso a los ojos de Dios que la creación entera; es el hombre, para él existen el cielo y la tierra y el mar y la totalidad de la creación...” (CC 358)

El hombre y la mujer son *creados*, es decir, son *queridos por Dios*: por una parte, en una perfecta igualdad en tanto que personas humanas y, por otra en su ser respectivo de varón y mujer. “Ser hombre”, “ser mujer” constituyen, en su género, una realidad buena y querida por Dios: el hombre y la mujer tienen una dignidad que nunca se pierde, que viene inmediatamente de su Dios creador. El varón y la mujer son, con la misma dignidad, ‘imagen de Dios’. En su “ser-varón” y en su “ser-mujer” reflejan la sabiduría y la bondad del Creador. (CC 369)

Dios no es, en modo alguno, a imagen del hombre, sin que el hombre es a imagen de Dios. Dios no es por ello ni varón ni mujer. Dios es espíritu puro sin las fragilidades de lo creado. En Él no hay lugar para la diferencia de sexos. Pero las ‘perfecciones’ del varón y de la mujer reflejan algo de la infinita perfección de Dios: las de una madre y las de un padre y las de un esposo. (CC 370)

La mujer, que Dios ‘forma’ de la costilla del hombre y presenta a éste, despierta en él un grito de admiración, una exclamación de amor y de comunión: *“Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne”*. El varón descubre en la mujer como otro ‘yo’, de la misma humanidad. (CC 371)

De ese modo el primer gran **desafío** para el varón y la mujer es comprender todo esto, en la medida de lo posible, y aceptarlo, por ésa la voluntad de Dios, cuya sabiduría y amor son infinitos. Porque el varón y la mujer están hechos ‘el uno para el otro’: no porque Dios los haya hecho ‘a medias’ e ‘incompletos’, no; sino porque los ha creado para una comunión de personas, en la que cada uno puede ser ‘ayuda’ para el otro

porque son, a la vez, *iguales* en cuanto a personas (“hueso de mis huesos”) y *complementarios* en cuanto masculino y femenino. En el matrimonio –institución como la familia salida de las manos mismas del Creador- Dios los une de manera que, formando “una sola carne”, puedan transmitir ni más ni menos que la vida humana misma: “Sed fecundos y multiplicaos y llenad la tierra”. Al transmitir a sus descendientes la vida humana, el varón y la mujer, como esposos y padres, cooperan de una manera única en la obra del Creador, (CC 372)

Otro gran **desafío** para el hombre y para la mujer consiste en hacer que el matrimonio y la familia sean lo que Dios quiso al crearlos: fuentes de amor incondicionado, fuentes de vida, escuelas y templos de sabiduría, imagen de Dios.

En el plan de Dios, el varón y la mujer (es decir, el hombre) están llamados a ‘someter’ la tierra como ‘administradores’ de Dios. Esta soberanía no debe ser un dominio arbitrario y destructor. Sino que el varón y la mujer son llamados a participar en la Providencia divina respecto a las otras cosas creadas, a semejanza del Creador, “que ama todo lo que existe” porque es participación del ser de Dios, ya que ninguna cosa creada tiene en sí la razón de su propia existencia. De allí la responsabilidad de la mujer y del varón frente al mundo que Dios les ha confiado. Importante **reto** que deben aceptar por ser ésa la voluntad de Dios: varón y mujer son los lugartenientes de Dios en la creación. (CC 373)

El primer hombre (varón y mujer) fue creado bueno y constituido, además, en la amistad con su Creador, en armonía consigo mismo y con la creación en torno de él. Fueron establecidos por Dios en un estado de “santidad y de justicia original”. El hombre (varón y mujer) no debía morir ni sufrir. (CC 374 a 376)

El pecado original, la desobediencia a Dios, la rebelión del hombre (varón y mujer) trajo la pérdida de aquellos dones preternaturales y así, por culpa del hombre, se introdujo en el mundo el pecado y con él la muerte y la ignorancia y la inclinación al mal.

Reconocerse pecador, indigente, necesitado de la misericordia de Dios, de la redención, y así decirlo y así buscar la salvación y así confiar en el amor inconmensurable de Dios, es otro **desafío** para el varón y la mujer. Porque, conforme a la enseñanza teológica, “quien te creó sin ti, no te salvará sin ti”.

La Segunda Escritura enseña que el varón y la mujer fueron creados el uno para el otro: “No es bueno que el hombre esté solo”. La mujer, “carne de su carne”, su igual, la creatura más semejante al varón mismo, le es dada por Dios como un ‘auxilio’

representando así a Dios mismo, que es nuestro “auxilio”, “Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne”. Que esto es lo que significa una unión indefectible de sus dos vidas. El Señor Jesús lo muestra al recordar cuál fue “en el principio” el plan del Creador: “De manera que ya no sin dos sino una sola carne”. Ese es el plan de Dios, su voluntad, y eso es lo que, en el fondo, anhela el corazón humano de la mujer y del varón (CC 1605)

El hombre (el varón y la mujer) vive en su entorno y en su corazón la experiencia del mal. Esta experiencia se hace sentir, con frecuencia de manera muy dolorosa, en las relaciones entre el varón y la mujer. En todo tiempo, la unión del varón y la mujer ha vivido y vive amenazada por la discordia, el espíritu de dominio, la infidelidad, los celos y conflictos... que pueden conducir hasta el odio, la ruptura y la muerte. Este grave desorden –grave sobretodo porque afecta dos instituciones salidas de la mano de Dios: el matrimonio y la familia, fundamentos de la sociedad y de la historia- puede manifestarse de manera más o menos superado o disimulado, según las culturas, las épocas, los individuos... pero siempre aparece como algo de carácter universal-. (CC 1606)

Este desorden, que tantas penas causa, y que constatamos dolorosamente, no se origina en la *naturaleza* del hombre y de la mujer, ni en la naturaleza de sus relaciones, sino en *pecado*. Porque es necesario reconocer que el primer pecado, como lo enseña nuestra fe y como lo experimentamos vivamente en nuestra vida, constituyó una ruptura con Dios, la que trae como consecuencia primera la ruptura de la comunión original entre el varón y la mujer. Sus relaciones quedan distorsionadas por agravios recíprocos (Gn 3, 12); su atractivo mutuo, don propio del Creador (Gn 2, 22), se cambia en relaciones de dominio y de concupiscencia (Gn 3, 16); la hermosa vocación del varón y de la mujer de ser fecundos, de multiplicarse y someter la tierra (Gn 1, 28) queda sometida a los dolores del parto a los esfuerzos de ganas el pan. (CC 1607)

A pesar de tan calamitosa situación, el orden de la Creación subsiste, aunque gravemente perturbado. Para sanar el pecado y sus heridas, el varón y la mujer necesitan la ayuda de la gracia que Dios, en su misericordia infinita, jamás les ha negado si la piden con sinceridad de corazón; porque ‘al que hace lo que de él depende, Dios no le niega su gracia’. Otro gran **reto** para el varón y la mujer, por tanto, es aceptar el hecho rotundo de que sin la ayuda de Dios no pueden, por sus solas fuerzas, llegar a realizar la unión de sus vidas en orden a la cual Dios los creó “al comienzo”. (CC 1608)

Es necesario, por lo tanto, que varones y mujeres reconozcamos esa triste condición heredada y vivida

con frecuencia de ese modo, para buscar el remedio en Dios, que es el único que puede darlo. La Redención del género humano, realizada mediante la pasión, muerte y resurrección de Cristo viene a traer la superabundancia de gracias necesaria para superar el pecado, muerte, la ignorancia y la inclinación al mal.

En el umbral de su vida pública, Jesús realiza su primer signo –destaca el evangelista que a petición de su Madre- con ocasión de un banquete de bodas en Caná (Jn 2, 1-11). La iglesia concede una gran importancia a la presencia de Jesús en esas bodas, porque ve en ellas la confirmación de la bondad elevadísima del matrimonio y el anuncio de que, en adelante, **el matrimonio será un digno eficaz de la presencia de Cristo. (CC 1613)**

En su predicación, Jesús enseñó, sin ambigüedad, el sentido original de la unión del varón y a mujer, tal como el Creador la quiso al comienzo: la autorización, dada por Moisés, de repudiar a la mujer, fue una concesión a la dureza del corazón (Mt 19, 8); porque a unión matrimonial del hombre y de la mujer es indisoluble: Dios mismo la estableció y: “Lo que Dios unió, que no lo separe el hombre”. (Mt 19, 6; CC 1614)

Jesús no ha impuesto a los esposos una carga imposible de llevar. En efecto, habiendo venido para restablecer el orden inicial querido por el Creador y perturbado por el pecado, Jesús da la fuerza y la gracia para vivir el matrimonio en la dimensión nueva del Reino de Dios. Para ello es menester, eso sí, la preparación adecuada, la madurez suficiente, la rectitud de intención y la disposición de seguir a Cristo, renunciar a sí mismo, tomar sobre sí la cruz (Jesús, en esto como en todo lo demás, es transparente y, al tiempo, amoroso y exigente, cuando expresa: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará” (Mr 8, 24-35). Significa todo ello que, con la gracia de Dios, los futuros contrayentes deben prepararse, de manera remota y próxima, para la vida conyugal a la luz del Evangelio; que así los esposos podrán comprender el sentido original del matrimonio, como lo quiere Dios, y vivirlo sabiéndose cooperadores de Dios en su obra más buena y tratar de realizarlo con la ayuda de Cristo: se trata de un sacramento da las gracias necesarias para cumplir sus altos fines. Porque esta gracia de vivir un matrimonio cristiano es un fruto, de los principales, de la Cruz de Cristo, fuente de toda vida cristiana. (CC 1615)

Es lo que el apóstol Pablo da a entender cuando proclama: “Maridos, amad a vuestras esposas como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla”. (Ef 5, 25; CC 1616)

La **Declaración Universal de Derechos Humanos** (Artículo 16.3) estipula que la familia es elemento natural y fundamental de la sociedad y que tiene derecho a la protección especial de la sociedad y del Estado. Esto mismo lo recoge nuestra Constitución, al tiempo que declara que el matrimonio es base esencial de la familia (artículo 52). Ello significa que el matrimonio es la base esencial de la familia y que la familia es el fundamento de la sociedad. Hemos de concluir, por lo tanto, tomando ello en toda su plenitud de significado, que tales cuales sean las familias, así será la sociedad. En consecuencia, **si matrimonio y familia se forman bien, marchan bien -a la luz de lo expuesto, lo que requiere la asistencia de lo alto, la que debe pedirse y aceptarse como un gran don- entonces el mundo, la sociedad, la historia, el Reino de Dios marcharán bien.**

Estimo que este es el desafío más importante que debemos enfrentar los varones y las mujeres.

II

Hace ya muchos años Ortega y Gasset se refirió al nuestro como a "... un mundo al que se le han roto los principios" (**Bol. Nº 1** del Inst. de Humanidades). Más recientemente S.S. Juan XXIII llegó a manifestar que "Nuestra época está azotada y penetrada de errores radicales, está desgarrada y alterada con profundos desórdenes; pero es también una época que abre inmensas posibilidades de bien al espíritu generoso de la Iglesia" (**Pacem in Terris**, 260); el Cardenal Joseph Höffner en su obra **Problemas éticos de la época industrial**, Ed. Rialp, Madrid, 1962, manifestaba: "Hoy se presentan problemas sociológicos y económicos, antropológicos y religiosos que no se conocían en otros tiempos". (Introducción, pág. 9/

Entre tales problemas, traigamos a nuestro espíritu éstos:

- No se actúa de manera acertada en lo relativo a la elección, preparación, valoración y ejercicio de la profesión u oficio; se ha perdido con frecuencia su sentido en la vida social. Ello acarrea frustraciones en el trabajo, lo que tanto afecta su sentido cristiano, y debilita el sentido de la solidaridad, sin la cual la convivencia se debilita.
- Se da una disgregación progresiva de la sustancia religiosa, lo que lleva a una orientación exclusiva hacia el disfrute material de la vida, produciéndose un vacío en las almas que algunos pretenden llenar de cualquier manera. Ello constituye "una manifestación impresionante y aterradora" por su carácter planetario.

- Se da un afán exagerado de seguridad social, cada vez más destacado, con lo cual parece haberse borrado la conciencia de la propia responsabilidad, por una parte, y por otra, la falta de entrega a la providencia. (Recuérdese la mala enseñanza de Stalin: "*Nosotros debemos hacer la tierra más bella, tan bella que el hombre se olvide de desear el otro mundo*"). Por algo enseñó Jesús "*Buscad primero Reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas darán por añadidura*" (Mt 6,33). Es que existe la tentación de que el hombre, por la plétora de bienes que ha logrado producir y usar, se vuelva más seguro de sí mismo y de que olvide lo eterno y ultramundano. En su parábola dice Jesús que un hombre rico tuvo gran cosecha y se dijo "*Voy a demoler mis graneros, y edificaré otros más grandes y juntaré allí todo mi trigo y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años. Descansa, come, bebe, banquetea*" Pero Dios le dijo: "*¡Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?*" Así es el que atesora riquezas para sí, y no se enriquece en orden a Dios". (Lc 12,18-21)

- Falta el correcto sentido de la propiedad privada.

- La socialización ha mostrado no ser el camino para la libertad: al cabo crearía una enorme aglomeración de poder -como ha ocurrido en las entidades gigantescas- y una tentación casi irresistible de abusar de ese poder.

- El haber llevado a naciones enteras a la renuncia o despojo de su libertad en sus decisiones económicas, ha confirmado que ése es un camino equivocado, ya que así ha sido despojado el hombre de su libertad personal, política y religiosa.

- La política fiscal incorrecta, ha minado el orden de la propiedad privada.

- Debe encontrarse el equilibrio de la tensión entre la responsabilidad personal y la seguridad social en lo que se refiere a satisfacer la exigencia de un hogar propio para cada familia, necesidad cuyo significado debe estimarse en su inmensa importancia.

- La tirantez entre el Estado y los grupos sociales que presionan sin compasión, debe hallar un modo adecuado de solución a la luz del bien común y del espíritu de solidaridad incluyente: para todos, no sólo para grupos.

- La moral cristiana ve en el Estado el custodio supremo y el garante del bien común, visión que, en muchas circunstancias, no se compadece con la corrupción que proviene gozando de licencia desde el mismo Estado.

- A los empresarios están confiados los puestos decisivos en la economía moderna. Su tarea económica y políticosocial no es ni la sola representación de los intereses particulares ni el solo incremento de la riqueza a cualquier precio, sino, sobre todo, la actitud de servicio frente a los trabajadores asalariados y respecto de la sociedad en general.

- Hay cierto disgusto por el trabajo y en el ejercicio de la profesión. Algunos trabajan por motivos egoístas; el trabajo con frecuencia está poseído, en primer lugar, sólo por la remuneración, con lo que resulta frecuentemente falta del propósito de dar gloria a Dios con él, de la alegría de crear, de servir al prójimo, lo que produce un vacío de corazón. Por algo Lincoln pudo decir: *quien sólo por la paga trabaja, ni la paga merece.*

- De modo paradójico, respecto del punto anterior, ha aparecido, entre algunas personas, un culto al trabajo y al progreso, que los han convertido como en un sustituto de la religión.

- La revolución técnica y la civilización actual provocan crisis religiosa de carácter mundial: en los cinco continentes, entre trabajadores, gente de las ciudades y del campo. Tal crisis va acompañada siempre de otras crisis: disminución de la natalidad, disolución de la familia, decadencia de la cultura del pueblo, pérdida de las tradiciones y, con todo ello, de la identidad.

- Los medios de comunicación deben ser cooperadores de la Iglesia en su misión evangelizadora. Mientras no lo sean, constituirán una resistencia a la obra del Reino.

- El ambiente con frecuencia dividido en lo religioso y en lo ideológico, produce un efecto peligroso en las almas, paralizador de la vida religiosa.

- Vemos, así, efectos de la crisis religiosa: Trabajo sin alegría, matrimonio sin amor, familia sin hijos, solidaridad superficial sin fidelidad, moral sin validez general, mundo sin alma, alma sin Dios. Y en estos fenómenos todo es recíproco. Por ello esta crisis religiosa debe ser resuelta en todos sus elementos o factores juntos. Es imposible enfrentar y resolver los factores por separado.

Poco tiempo antes de su paso a la Casa del Padre, Monseñor Sanabria, el egregio segundo Arzobispo de Costa Rica, escribió: *"Según las estadísticas dos terceras partes de nuestros católicos no cumplen con la Pascua; más de la mitad de los niños de la República no hacen la Primera Comuni3n. ¿Qué prueba esto? Que en Costa Rica no hay católicos. En San José hay de seis mil a ocho mil personas de vida licenciosa. Hay*

centenares de personas que comercian con sus cuerpos y con sus almas. Las asociaciones de caridad llevan una vida lánguida y monótona, dejándose arrebatar toda iniciativa de beneficencia. No encuentran cooperación. No hay católicos en Costa Rica" // Continúa así Mons. Sanabria: "Las personas que vienen de afuera, al ver cómo los domingos los templos se llenan de fieles, nos felicitan. Pero están en un error. La realidad es que vivimos un nominalismo católico" // Concluye con esta advertencia, de validez perpetua: "No podemos minar esos males mientras no haya vida sobrenatural. El fondo de toda acción debe ser esa vida interior".

III

Dicho lo anterior, debemos ahora plantearnos la cuestión de la tarea que hoy corresponde al hombre (varón y mujer) movido y orientado por el cristianismo, respecto de la edificación del mundo. Es materia de la mayor importancia.

En primer lugar, aceptar con humildad nuestra pobre y desvalida situación, en lo que depende de nosotros mismos. S. S. Juan Pablo II, con ocasión de su reciente visita a Francia, al referirse al descenso de la práctica religiosa y a la disminución de las vocaciones sacerdotales y a la indiferencia religiosa y a las controversias respecto de la enseñanza moral de la Iglesia, aconsejó *"vivir este empobrecimiento como una purificación y, en cierto sentido, como un estímulo"*.

Todo lo anterior viene a orientarse en el sentido de que **la existencia personal puede construirse solamente en la aceptación de Dios Padre, amado sobre todas las cosas; que tal aceptación no es compatible con la absolutización idolátrica de una realidad contingente cualquiera. Pero, asimismo, que la aceptación y conversión hacia el Padre comporta otra conversión hacia las criaturas, la que consiste precisamente en conformarse con la actitud divina hacia los seres contingentes, que es amarlos con el amor con el que Dios los ama.**

El cristiano no acepta de manera incondicional todo lo que pasa en el mundo, porque la vida comunitaria "sufre con frecuencia desviaciones contrarias a su debida orientación". (GS, 11). Por ello las tendencias que predominan en el mundo concreto no son, sin más, para el cristiano criterios de verdad y de valor: hay que examinarlo todo para conservar únicamente lo que es bueno, como recomendaba S. Pablo.

Sabe también el cristiano que él no es suficientemente bueno, que no ha logrado eliminar de sí toda división, lo que le dificulta la relación consigo mismo, con Dios, con el prójimo y con la naturaleza; que hay

que defenderse cristianamente del hechizo de los valores reales, pero secundarios, que le hace correr el riesgo de absolutizarlos, de jerarquizarlos equivocadamente, ello en contra de su llamado a lo más alto: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo, por amor de Dios, como a nosotros mismos.

Importa, entonces, recordar que la primera misión que el hombre (varón y mujer) inserto en Cristo tiene ante el mundo, es la de comprometerse por la salvación de los demás hombres, a fin de que algún día todo el universo quede sujeto a Cristo y, de esta forma, Dios sea todo en todos (1 Cor 15, 26-28).

El cristiano se encuentra frente a un hecho histórico nuevo: el progreso de las ciencias y de las técnicas ha alcanzado resultados incomparables con todo lo que antes ocurrió en el mundo. El desarrollo de los medios de comunicación ha unificado la humanidad de tal manera, que la transformación del mundo no se puede reducir ya a unos cuantos esfuerzos individuales, sino que es objeto de una actividad universal y estructurada. Surge una especie de llamado universal a fin de que todos los hombres (varones y mujeres) nos comprometamos en la realización de las condiciones requeridas para un desarrollo total de las virtualidades de cualquier hombre (varón o mujer). Por tanto, ¿cuáles son las exigencias que su ser-cristiano plantea al hombre (varón y mujer) en esta formidable tesitura de la historia humana?

La relación intrínseca entre la vida en Cristo y la colaboración por el progreso técnico y cultural del mundo, ha de ponerse de manifiesto partiendo de tres puntos de vista:

a.- EL AMOR AL PRÓJIMO: Los actos de misericordia, por ejemplo, tienen gran valor. Pero como hoy es posible darles de comer a los hambrientos, vestir a los desnudos y enseñar a los que no saben... aumentando y perfeccionando la producción, difundiendo ampliamente el saber por medio del uso de las mejores técnicas modernas... es evidente que tal actividad técnica se dirige al servicio de Cristo, quien se identifica con las personas que tienen necesidad de todas esas cosas.

b.- LA ADHESIÓN A DIOS CREADOR: El Señor se complace en la realidad creada (Gn 1,31); el Señor, que es vida y ama la vida, se complace en todas las cosas porque son suyas (Sab 11,25-26); esta complacencia divina se hace más comprensible cuando recordamos que la creación no es un hecho realizado una vez para, siempre, sino que "Dios continúa obrando" (Jn 5,17).

El cristiano ha de vivir en comunión con el Padre por Cristo: ha de amar también, en consecuencia,

la obra que Dios ama: el mundo, complaciéndose en él, queriendo su existencia y su desarrollo, aun prescindiendo de la utilidad que se pueda sacar del mismo. El espíritu de Cristo impulsa a cooperar con el Creador. Por esto la construcción del mundo material, el progreso técnico y cultural, resguardando lo dicho sobre la primacía del Padre, es algo bueno, deseable, en lo que es menester participar Especialmente en la medida en que mejor contribuya ello al bien del prójimo.

c- LA MISIÓN DE CONSTRUIR NUESTRA EXISTENCIA COMO IMAGEN DE DIOS: No es concebible un hombre cristiano indiferente ante el fenómeno grandioso del progreso, de la técnica, por cuanto por ser hombre (imagen de Dios), ha sido puesto como lugarteniente de Dios en el mundo. La restitución de la imagen de Dios, la que Cristo, por la gracia, restaura en cada uno, comporta, asimismo, la restauración de la misión y de la capacidad del hombre (varón y mujer) de consagrarse cristianamente al progreso: adquiere el hombre fuerzas para explorar sus propios talentos en servicio de los demás y en dar, así, gloria a Dios.

San Pablo en su época reprende y aconseja a los cristianos respecto de no huir de la vida del trabajo, de cumplir los deberes familiares de cada día (2 Tes 3, 12; 1 Tim 5,8); los apóstoles obligan a interesarse la prosperidad del imperio y sus instituciones... (1 Tim 2,2; 1 Pe 2,13). En parangón con estas razones que tomaban en cuenta los cristianos de los tiempos apostólicos, para no evadirse del mundo y del cumplimiento de sus obligaciones familiares, sociales y políticas del mundo en que vivían, también el cristiano hoy tiene que aceptar su tarea respecto al progreso de la humanidad, en la perspectiva ya dicha, en virtud de la dimensión cósmica y dinámica del espíritu que ha recibido y de la tarea que le corresponde realizar.

El Concilio Vaticano II ha manifestado que "A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. (L.G. 31)" (Los laicos) *incluso en las ocupaciones seculares deben ayudarse darse mutuamente a una vida más santa, de tal manera que el mundo se impregne del espíritu de Cristo y alcance su fin con mayor eficacia, en la justicia, en la caridad y en la paz. En el cumplimiento de este deber universal corresponde a los laicos el lugar más destacado*". (Ib. 36). Porque "... el apostolado de los laicos es participación en la misma misión salvífica de la Iglesia, apostolado al que todos están destinados por el Señor mismo, en virtud del bautismo y de la confirmación". (Ib. 33) y por ello "Cada laico debe ser ante el mundo un testigo de la resurrección y de la vida del Señor Jesús y una señal del Dios vivo". (Ib. 38).

Varones y mujeres, casados, solteros, menores, mayores, de todo oficio y profesión, hagamos realidad el motivo profético de aquella alegría que expresó Mons. Helder Cámara en 1975: "*¿Quién no percibe la primavera que representará para la Iglesia el reconocimiento efectivo de la mayoría de edad del laicado?*" (**Conflicto social y compromiso cristiano en América Latina**, p 350)

En nuestra tarea en el mundo necesitamos ser, en muy buena parte, buenos conocedores de la doctrina social de la Iglesia y saber ofrecer, con base en ella, orientación segura para la solución de los problemas. Bien lo expresó Juan XXIII: "*Volvemos a afirmar ante todo que la doctrina social cristiana es una parte integrante de la concepción cristiana de la vida*" (Pacem in Terris, 222). Quizá esté próximo el día en que un nuevo congreso de laicos tenga por tema el conocimiento sistemático y las formas de aplicación de la doctrina social de la Iglesia, doctrina que en su hora fue fundamento, en nuestra nación, de la reforma constitucional de las garantías sociales y del Código de Trabajo, que significó una especie de nueva independencia para el pueblo de Costa Rica.

Cuanto hagamos en virtud de lo expuesto, que sea siempre, además, en la debida obediencia a nuestro obispo, sintiendo con la Iglesia, animados de la caridad de Cristo que nos permite sentirnos unidos los unos a los otros y experimentando como propias las necesidades, los sufrimientos y las alegrías ajenas. En las dificultades y penas, tengamos presentes las palabras de S. Pablo; "*Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros*" (Ro 8,18) y, asimismo, **spe gaudentes**, "con la alegría de la esperanza"(Ro 12,12), ya que no cabe en esta formidable realización del varón y de la mujer el pesimismo, porque constituye

una falta velada de fe: el alma del hombre, como lo declaró Tertuliano, sigue siendo **naturaliter christiana**, por lo que solo Cristo puede colmarla en sus anhelos de perfección. Tengamos siempre presente, sobre todo, esta enseñanza del Maestro: "*Separados de mí, nada podéis hacer*". (Jn 15,5)

En las horas difíciles de la historia es necesario tener una firme base a la que no conmuevan fácilmente los acontecimientos surgidos de la novelería, la ignorancia, el error y la necedad de los hombres. Esa roca firme a la cual adherirse de modo permanente, es a la que se refiere Herbert Butterfield en su obra **Christianity and History**: "*Asegúrate en Cristo y deslígate de todo lo demás*" (*Hold to Christ, and for the rest be totally uncommitted*). Es Jesús quien nos alienta a afianzarnos en El, porque: "*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*" (Mt 24,35), ya que "*Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin*" (Ap 1,8) y "*Marán athá*", (El señor viene, I Cor 16,22).

Los invito a que recitemos juntos la oración de Pablo VI POR LOS LAICOS:

"¡Oh Dios, que has dado al mundo tu Evangelio como fermento de vida nueva! Concédenos a nosotros, los laicos que vivimos nuestra cotidiana experiencia al servicio de la comunidad humana, llevar a las realidades terrestres el auténtico espíritu de Cristo, para edificación de tu reino. Te lo pedimos por Jesucristo, Nuestro Señor. Amén."

Y a todos los varones y mujeres presentes a que concluyamos con esta invocación:

¡María, ¡Estrella de la evangelización, ruega por nosotros!

29 de agosto de 1997, 17 horas.